

llo de Laeken, suceso que fué visto como presagio fúnebre, según se infiere de la alocución dirigida por Maximiliano al cuerpo diplomático y á las autoridades que fueron á manifestarle sus condolencias. Entonces parecía que aún podría dominar la situación y vencer los obstáculos. Los imperiales aseguraban que Maximiliano procuraba triunfar con la sola intención de hacer el bien, ó que perecería con honor; las ilusiones se conservaban con una energía tal, que se consideraba realizable la esperanza de que Juárez dejara su actitud intransigente y fuera á colaborar en la obra emprendida por el emperador de México, no obstante que Bazaine inscribía en el registro de las comunicaciones diarias, una nota en estos términos: "*por donde quiera se percibe inquietud por el porvenir, más bien bajo el punto de vista interior que el de una guerra extranjera.*" "*Todos se admiran de que no se proceda á organizar el país y que ninguna tropa mexicana lo proteja.*" Se espantan de la pobreza creciente de las cajas nacionales y los partidarios del Imperio se desalientan y se resfrían."

La noticia de la muerte del rey Leopoldo fué para la Emperatriz Carlota un golpe terrible, porque con su padre perdía el más grande de sus afectos y el mejor de sus consejeros. Durante varias semanas estuvo sumergida en su intenso dolor.

Poco después, al entregarse á sus ordinarias labores, se encontró en presencia de una situación desesperada; el Imperio, presa de enemigos, era abandonado por la Intervención, gran golpe moral que aumentó las indecibles tormentas con que luchaba el espíritu de la Emperatriz.

Después, un domingo á la once de la mañana, supo repentinamente que la embajada belga que había venido á participarle oficialmente la pérdida del rey belga y el advenimiento de Leopoldo II, había caído en una emboscada en Riofrío, yendo de viaje para regresar á Europa, y á la vez se le dijo que el primer secretario de la Embajada, el barón Huart, había muerto en ese asalto, y que el segundo secretario M. Marchal, estaba gravemente herido. Aun no se había repuesto del violento sacudimiento que le causó la muerte de su padre, y no pudiendo resistir á ese nuevo golpe, fué durante muchos días atacada de excitaciones nerviosas que presentaban todos los síntomas de la locura.

También aumentó sus disgustos el que varios oficiales belgas, de los prisioneros en Tacámbaro, publicaron una protesta contra la conducta seguida por el coronel Méndez, y una exposición al Cuerpo Legislativo de Bruselas, pidiendo que fuera retirado el contingente belga.

Con la embajada belga había llegado en el paquete francés, de regreso á México, el conde de Bombelles. Mala suerte corrió esa comisión enviada por el rey Leopoldo II, para anunciarle á Maximiliano su advenimiento al trono. Componían dicha comisión el general Foury, el barón d'Huart y otros dos belgas. El día 24 de Febrero (1866) era recibida oficialmente por la Emperatriz la Embajada con el ceremonial de estilo, poniendo en sus manos el general Foury, la carta de su soberano, al presentarle el personal de la comisión. Esta fué obse-

quiada con un banquete y un coleadero en Chapultepec, y otros convites dados por el Ministro de Relaciones en Palacio, precisamente cuando salía de la capital el barón de Saillard cuya venida sirvió de tema á tantas suposiciones.

El canje de prisioneros arreglado entre el Mariscal Bazaine y el general Vicente Riva Palacio, verificábase poco antes el 2 de Diciembre en Acuitzeo; quedaban á disposición de Riva Palacio todos los oficiales hechos prisioneros por el coronel De Potier, entre ellos el general Canto; los prisioneros habidos en Tacámbaro por Van der Smissen; los que hizo en Santa Ana Amatlán el general Méndez; todos los soldados prisioneros que estaban en Morelia; los generales Tapia y Ramírez; los prisioneros hechos en Oaxaca, residentes en Puebla; esos dos generales recibirían salvo-conducto para dirigirse á donde les conviniera. Presidiría el canje el capitán Bearnie, del regimiento belga, acompañándole el capitán D. Antonio Salgado con escolta de sesenta belgas y algunos ginetes mexicanos. Bazaine expediría á esos generales el salvo-conducto, al tener noticia de que el canje había tenido verificativo. Canjeados el 4 de Diciembre en Acuitzeo los prisioneros belgas, llegaron poco después á Morelia, muy decepcionados y deseosos tan sólo de regresar á Europa.

La revolución crecía á pesar de la derrota que sufrieron las fuerzas que sobre el puerto de Matamoros había conducido el coronel Escobedo. Extendíase robusta y poderosa en los Estados fronterizos, principalmente en el de Tamaulipas.

Las huestes republicanas que se retiraban del puerto de Matamoros, contaban pérdidas considerables; tres veces que intentaron el asalto fueron rechazadas, dejando más de cien muertos y doscientos heridos en su mayor parte acogidos en Brownsville y sesenta y dos prisioneros que fueron fusilados; un capitán y tres soldados norte-americanos perecieron en la horca por haberse descubierto que estaban comprometidos á entregar la plaza por dinero. (1)

Este nuevo rechazo de los republicanos fué un mérito más contraído por Mejía con los imperialistas. "L'Estafette" le dió el calificativo de primer general mexicano, y recordó que después de Márquez fué de los primeros que se unieron á la Intervención, respecto á la cual se sostuvo con lealtad, valor é inteligencia. La actividad y resolución de los que rodeaban al general T. Mejía, contribuyeron sobremedera al éxito que obtuvo en Matamoros. Se distinguió entre ellos D. Miguel de la Peña, que tuvo á su cargo el mando de uno de los fortines más importantes, y era á la vez redactor del *Monitor de la Frontera*. También fué oportuno el auxilio prestado por el vapor *Antonia* que condujo á Matamoros un destacamento de marineros franceses y una batería, auxilio que estuvo á punto de perderse, porque en el *Ranchito* atacó al buque una fuerza republicana y estando varado lo batieron á la vez por el lado de Texas, siendo necesario que saliese en su auxilio el *Eugenia*, cuyos dos buques fueron recibidos en Matamoros

(1) Murió el general Espinosa, segundo en jefe de los republicanos, y el general Galindo siendo heridos los generales Garza é Hinojosa.



con entusiastas aplausos, en tanto que les dirigían de la otra banda gritos injuriosos, porque entre la fuerza de Mejía había una guerrilla de cerca de 500 confederados.

Los sitiadores se retiraron en grupos, yendo el más considerable rumbo á Camargo, sin temer á las fuerzas de la plaza, aunque habían sido frecuentes las cargas de caballería principalmente en el llano llamado de la Marcelina.

Siendo de consideración las bajas que constantemente habían sufrido los defensores de la plaza, les prestaron auxilio los vecinos extranjeros, presentándose armados doscientos franceses y algunos españoles y alemanes unidos á un grupo de artesanos; se organizaron así cuatro compañías de voluntarios mexicanos. Para cuidar la parte del río, se armó el vapor "Paisano" al mando de D. Anselmo García Rubio, secretario del general T. Mejía. Poco resultado dieron las proclamas que dentro de la plaza circularon, enviadas por los jefes Escobedo, Hinojosa, Canales y otros, llamando al lado republicano á los fronterizos y asegurándoles que pronto sería ocupado Matamoros por ellos.

Las pérdidas también fueron considerables por la parte de los defensores que tuvieron gran número de muertos y heridos; el coronel Peral estuvo á punto de perecer al caer herido su caballo y perdió sus dos asistentes. Constantemente tronaron los cañones de los fuertes laterales del río, principalmente la noche del día 28 y los siguientes, cubriéndose los sitiadores en zanjas enviaron á menudo, con dos piezas rayadas, balas y granadas que llegaron hasta los edificios de la población. Sin duda que en la retirada de Escobedo influyó la falta de subordinación de los jefes Cortina y Canales.

Bazaine prodigó á Mejía frases de congratulación; en una nota oficial, después de darle el dictado de «la segunda persona del Imperio,» encargó que procurase bajo todos conceptos, recoger documentos para acreditar que se había violado la neutralidad que debía existir entre dos pueblos vecinos, y recordó á Mejía que en la frontera tenía la doble representación del Emperador de México y del de los franceses. (1)

Para auxiliar á Matamoros, partieron de Veracruz, en buque francés, el 16

(1) Maximiliano dirigió una carta de gracias al general Mejía por la defensa de Matamoros y le contestó Mejía lo siguiente: "Señor, es un alto honor el que Vuestra Majestad se ha dignado dispensar á las tropas de mi mando y á mí especialmente, con las hermosas palabras de satisfacción expresadas en la carta imperial, fechada el 12 del presente mes.

"Defendemos, señor, en el recinto de Matamoros, los intereses más caros para los mexicanos. la independencia, la paz y el progreso, inseparablemente unidos al trono de Vuestra Majestad: Por eso pertenecen á Vuestra Majestad nuestras vidas y nuestras armas.

"Así lo manifesté personalmente al primer jefe del enemigo, que se atrevió á pedirme la ciudad confiada á nuestra custodia, y del mismo modo se lo hicimos comprender después con nuestros actos.

"Los auxilios en tropas y dinero que Vuestra Majestad se digna enviarnos, han llegado ayer felizmente á Matamoros. Los recibimos como la prueba más honorífica de la solicitud de nuestro Soberano.

"Respetuosamente soy de Vuestra Majestad Imperial muy obediente servidor.—Señor. *Tomás Mejía.*—A Su Majestad el Emperador Maximiliano.—México.—Matamoros, Noviembre 24 de 1865."



*General Juan P. Humana,*

Edecán del Emperador Maximiliano.

Entre otras comisiones desempeñó la de entregar al General Tomás Mejía, la condecoración por la defensa del puerto de Matamoros en Octubre del año de 1865, en cuya vez el Comandante de la escuadra francesa dió á Mejía el calificativo de "admirable."